

Encina, ¿Cíclope o Titán?

De atenernos a cierta imagen que se ha ido imponiendo, Francisco Antonio Encina (1874-1965) es el más mitológico de nuestros historiadores. Conviven en él facetas tan contradictorias a la vez que fantasiosas e iluminadoras, raras en un historiador chileno, que admiradores y detractores han ido transformando al personaje en una suerte de hidra monstruosa, único en su especie.

Niño y adolescente prodigio que alcanzó una vitalidad singularísima en plena ancianidad, crítico reformista aun cuando un fracaso como político. Impacto editorial, a pesar de ser, lo dicen algunos, un grosero plagiador. Patrón de fundo cuando no simplemente huaso. Escritor prolífico, autor de una obra maciza aunque atrabiliaria. Conservador, racista, nacionalista, aristocratizante, en fin, Encina proporciona una fuente inagotable de aristas y virtudes que invitan a su satanización o elogio desmesurado. Si Vicuña Mackenna —el único de nuestros historiadores con quien comparte cierta estatura mitológica— es lo más cercano que tenemos a un Prometeo por su espíritu expansivo y fabulador, en Encina en cambio hay motivos como para volverlo un Atlas, o bien un Centauro o un Cíclope engeguedado, dependiendo de si se le admira o aborrece.

Desde luego, Encina es un hombre inteligentísimo. Tiene razón Feliú Cruz: "Suele haber más pensamiento auténtico en una página de Encina que en un volumen entero de nuestras mejores historias". Y es que es difícil encontrar un historiador chileno más dispuesto a pensar y repensar la historia y no sólo contentarse con investigarla y escribirla.

Encina sumó a su inteligencia reflexiva una fina sensibilidad por comprender lo que está detrás del dato: la secuencia subterránea silenciosa que condiciona la trayectoria histórica, sin que por ello desdeñe los aspectos epidérmicos. Así y todo no fue un teórico. Crítica fuertemente a los que militan en escuelas. Es además un ecléctico. En materias económicas sostuvo posturas manchesterianas y su apuesta a favor de la educación como mecanismo de mejora social es liberal. No obstante lo anterior, no fue un utilitarista y no hay atisbo democrático o populista en su obra. Encarnó toda su vida un autoritarismo de vieja cepa, propia del mundo rural señorial —el cual nunca dejó de ser el eje central de su vida, empresas y fortuna personal—, es decir, fue paternalista y jerárquico; en definitiva, patronal. Encina es claramente un hombre de derechas, pero este aspecto admite matices. Es presidencialista porque es autoritario y no porque haya sido antiojigárico; de sus libros se

La influencia del historiador Francisco Antonio Encina, autor de la voluminosa "Historia de Chile", continúa hasta hoy a pesar del carácter fosilizado que tienen muchas de sus premisas. El uso de la imaginación en la interpretación de los hechos junto a un afán estético que buscó siempre en su obra, lo alejan del estrecho marco académico en que se desenvuelve hoy el trabajo de los historiadores locales. En su obra hay pensamiento auténtico.

Por Alfredo Jocelyn-Holt Letelier



"Encina sumó a su inteligencia reflexiva una fina sensibilidad por comprender lo que está detrás del dato: la secuencia subterránea silenciosa que condiciona la trayectoria histórica, sin que por ello desdeñe los aspectos epidérmicos".

desprende un juicio positivo de la élite tradicional. Evidentemente es un conservador aunque no tradicionalista; se adscribe al progresismo laico y es un agnóstico.

Si del resumen anterior resulta una línea doctrinaria contradictoria, habría que adjudicárselo a su eclecticismo, pero también a su afán por sostener una postura auténticamente personal a costa de parecer idiosincrático. Renegó siempre de toda posible deuda intelectual con su medio. Una de las tantas peculiaridades que lo hacen antipático y en exceso avaro, como si la única manera de erigirse en el pedestal implicara derribar a los que igual han terminado por compartir el panteón.

El éxito de Encina

Cabe preguntarse si Encina merece estar en la galería de notables o habría que confinarlo a alguna cueva donde ocultarlo. Dudoso lo último porque una y otra vez rehúsa desaparecer. Por de pronto, las cifras confirman su extraordinario impacto. Nacimiento imprimió 200 mil ejemplares de su *Historia de Chile* entre 1940 y 1952, y eso que dicha obra suma veinte tomos. La misma *Historia* volvería a reeditarse en la década de los 80 a modo de fascículos; además, fue compendiada en el *Resumen* de Leopoldo Castedo, éxito de ventas. Escasos autores han alcanzado tiradas de esta magnitud en Chile.

Inició en esto su incuestionable talento histórico literario. El haber hecho una síntesis del

conocimiento histórico a la fecha le dio cierta ventaja frente a Barros Arana; profirió de la tarea de recopilación que se hizo a partir de 1906 por eruditos como Medina y Matta Vial. Más aún, el que fuera un autor sugerente calzó con una manera analítica de pensar que fue ganando terreno hacia los años 50 y 60.

De haber una explicación de por qué impactó, pienso que la clave reside en su capacidad para calzar con el momento que se vivía. Lo extraordinario es que haya congeniado con su tiempo cuando tenía entre 60 y 90 años, y eso que durante este período no ejerció cargo público y vivió en el campo. Esta congruencia no cabe exagerarla. En otros aspectos, Encina —porque es un hombre del siglo XIX— fue también anacrónico. Así y todo, hay elementos que lo ubican armónicamente en el momento que le tocó vivir.

El eclecticismo es uno de estos aspectos. Electicismo predominante a fines de los años 20 y comienzos de los 30, en que congenia un lenguaje vanguardista con miradas a menudo retro. En eso se parece a contemporáneos como Josué Smith Solar y Luciano Kulczewski. A la par con esta veta hay también en su obra una dimensión totalizante estrictamente modernista. La obra enciniana produce el mismo impacto visual que ese otro hito de los años 30, el Barrio Cívico, el mismo efecto masivo, pesado, antisísmico, ornamentalmente limpio, tosco, nunca barroco o sentimental. Parecido al estilo asociado al fascismo italiano, al nacional-socialismo alemán y al social-realismo soviético. Por muy decimonónico que haya sido, ni su escala ni su estilo lo son.

A Encina, por tanto, hay que situarlo en los años 30, época en que se propuso una obra histórica de largo aliento. Había en él un anhelo de regeneración que recorre el ambiente agitado chileno. Un deseo por purificar a la vez que encontrar parámetros de continuidad en un mundo que comienza a colapsar, o que revela ya su colapso, como si hubiera antecedido una tormenta y había que volver a encontrar la brújula.

Este espíritu de renovación se remonta a cuando irrumpe la llamada "cuestión social" en el

había llegado a La Moneda de la mano del populismo más desatado a la fecha, cuando vendría a ser derrocado por viejas y nuevas fuerzas políticas, abriendo una avenida que ni él, renegando de sí mismo y más a la derecha del espectro, pudo encauzar hacia 1938. En el entretanto, tuvimos golpes militares, dictadura, intentos de restituir el viejo parlamentarismo moribundo, efímeras repúblicas socialistas todos los cuales sin embargo fracasaron rotundamente a la hora de consolidar una mínima institucionalidad posible.

Este es el momento en que Encina después de un largo silencio que databa de 1912 decide volver a escribir. Se embarca, previa revisión de lo que se ha hecho en el campo historiográfico, en un proyecto total que retratará la trayectoria del país desde su prehistoria hasta fines del siglo XIX, obra que sólo terminará en 1952. Y todo esto en una especie de exilio rural como queriendo distanciarse de la agitación que venía de los años 20 y que, no obstante el frágil equilibrio de las décadas de los 40 y 50, volvería a reventar hacia mediados de los años 60. Porque la respuesta de Encina a este trasfondo convulsionado del nuevo siglo no es otra que asentarse en la historia historiable, la que según él termina en la época de Balmaceda.

¿Por qué Encina no se refirió a lo que vino después del '91? Se ha dicho que el surgimiento de la clase media, bárbara y maleada por el dinero, le resultaba un tanto decadente como tema. Además, sentía un fuerte desengaño y antipatía con las dos líneas ortodoxas decimonónicas, el liberalismo de escuela y el positivismo historiográfico, que pavimentarían el camino a la nueva sociedad de masas. Esas eran las dos fuerzas ante las cuales se preparó para combatir. Historiar el siglo XX implicaba, sin embargo, otros blancos —el socialismo, el marxismo, el capitalismo de Estado—, teorías de y para las masas, ante las cuales no estaba capacitado para enfrentarlos intelectualmente.

Es por ello que decíamos anteriormente que Encina fue un tanto anacrónico. Es tal su contextualización con los años 30 que se podría decir que se congela en esta época y por consiguiente en los referentes a los más decimonónicos que entonces se barajaban en Chile. Es como si su mundo no hubiera cruzado más allá del umbral de los años 30, debiendo volver atrás e

Alberto Edwards y Encina han sido —querámoslo o no— nuestros pensadores políticos más influyentes durante este siglo.

siglo XIX y cunden los efectos de la urbanización. Un país que ante la modernización acelerada comienza a dudar de sí mismo, no pudiendo recuperar la antigua confianza, temática que quedará plasmada durante el Centenario y a la cual el Encina joven contribuye honrosamente. Sensación de crisis que se volvería más real desde que la guerra del 14 comienza a producir coletazos en Chile que marcarán la trayectoria posterior: cierre de mercados, fin del salitre, depresión, surgimiento de demandas y grupos sociales capaces de revolucionar estructuras incólumes, y, por último, la necesidad de encontrar nuevas fórmulas doctrinarias para darle sentido a lo que apenas se comprende.

Que a partir del año 20 Chile estaba pasando por uno de sus momentos más convulsionados es conocido. Alessandri apenas

historiar sin haber recibido efecto alguno después de esa década pivote.

Quizá no habría que ser tan duro con Encina. Si en Chile en este siglo hay un período histórico forjador, éste ha sido la década de los 30. Pensemos hasta qué grado las nuevas corrientes doctrinarias —el marxismo, el socialismo, la social democracia y el socialcristianismo— se prolongan anacrónicamente hasta nuestros días; otro tanto se podría decir del papel de los militares en la política chilena. Si Encina es anacrónico, ¿por qué no habrían de serlo también los protagonistas históricos más conspicuos de los últimos cincuenta años? En efecto, los años 30 operan como bisagra, en un caso mirando hacia atrás y en el otro mirando hacia adelante, pero igual, actuando como imán inmóvil. De modo que el Encina Cíclope, miopo o engeguedado,



A Encina hay que situarlo en los años 30, época en que se propuso una obra histórica de largo aliento... Alessandri apenas había llegado a La Moneda de la mano del populismo más desatado a la fecha, cuando vendría a ser derrocado por viejas y nuevas fuerzas políticas, abriendo una avenida que ni él, renegando de sí mismo y más a la derecha del espectro, pudo encauzar hacia 1938 (en la foto, al centro, Alessandri hacia 1920).

no es convincente a menos que extendamos la tipificación a otros.

La vigencia de Encina

¿Y su propuesta histórica? ¿Qué tan vigente sigue siendo? Si nos atenemos al andamiaje conceptual que emplea, Encina es un fósil. Los dos grandes paradigmas que maneja, el liberalismo y el positivismo, estaban desgastados hacia la época que formula su propuesta. De hecho, el mundo intelectual chileno, entero, estaba parcialmente desfasado. Encina no es una excepción. Dudo que alguien, entre los historiadores, haya manejado un universo conceptual más fino que el entonces en boga; es decir, los parámetros intelectuales liberal-positivistas que provenían de la época de Barros Arana y Valentin Letelier.

Pero volvamos a esto de que Encina es un fósil. Los alcances

es una crítica generacional a la vez que muy personal al siglo XIX, pero todavía con los marcos conceptuales de ese mismo siglo. De ahí que nunca pareciera haber tomado conciencia de que había operado una extraordinaria transformación social hacia fines del siglo pasado y comienzos del actual. En suma, Encina es una pieza de museo, un eslabón perdido. Por eso mismo vale la pena reparar en él. No sería raro que su suerte futura consistiera en ser cada vez más estudiado en el contexto de la historia de las ideas de este país. Para dichos propósitos él es un magnífico espécimen de fósil.

Fósil y todo, Encina sigue produciendo impacto. Sin ir más lejos, se siguen escribiendo historias totales, ejemplo de ello son los intentos de Sergio Villalobos Rivera y Gonzalo Vial Correa. Es que no podemos dejar de subrayar el efecto aplastador que tuvo a causa de su extraordinario éxito. El Encina vilipendiado esconde al otro Encina, el

nudo, chato mundo de la academia. Lo que ha sido de lamentar; después de todo, Alberto Edwards y Encina han sido —querámoslo o no— nuestros pensadores políticos más influyentes durante este siglo.

Encina, en el fondo, busca armonizar el historicismo con el positivismo. Ambas facetas están presentes en su pensamiento. Sigue la línea que postula que la realidad es historia y que todo conocimiento es conocimiento histórico. A su vez, comparte el juicio que la historia revela valores trascendentales, y que existen épocas o civilizaciones que operan como organismos en donde ciertos elementos íntimamente relacionados sólo existen en función de un todo que nace, vive y luego muere. Este es el Encina historicista. Advertimos, en cambio, al Encina positivista cuando exalta la ciencia y el progreso, a la vez que cree en el método científico descriptivo.

Encina trató de compatibilizarlos. De ahí que haya sido tan insistente en encontrar un término medio entre interpretación y narración. Los hechos importan, pero no son todo, nos dice. Para Encina, detrás de cada hecho lo que hay son sentimientos; por tanto, no cabe emplear sólo el raciocinio. Hay que sensibilizarse si se quiere entender y hacer historia. El historiador recrea mundos que no han sido vividos por él. Por lo mismo, debe usar la intuición y la imaginación, aunque nunca caer en la fantasía. Se tiene que compenetrar de los valores espirituales del período que está tratando. Debe saber de todo. Debe volverse un poco sabio, un poco pensador; en fin, debe aspirar a ser un artista.

No estoy seguro de que la propuesta logre su cometido. Armonizar el historicismo con el positivismo es quizás imposible. El punto, sin embargo, es otro. Su intento, por muy fallido, es auténtico. Ahí reside no poco de su talento para entusiasmar. El querer ir al fondo humano se percibe en sus escritos como vital. Que esto lo vuelve subjetivo, sí, por supuesto, y enhorabuena. Que lo vuelve poco confiable, quizás. Que es vitalista de más y nacionalista en exceso, sin duda. Pero que el lector simpatiza con esta aspiración profunda, de eso no puede haber duda alguna, aunque los historiadores —entre nosotros— lo hayan olvidado. Afortunadamente, Encina



"El haber hecho una síntesis del conocimiento histórico a la fecha le dio cierta ventaja frente a Barros Arana; profirió de la tarea de recopilación que se hizo a partir de 1906 por eruditos como Medina y Matta Vial" (en la foto, Barros Arana, con gorro, en su mansión de calle Dieciocho).



"Si nos atenemos al andamiaje conceptual que emplea, Encina es un fósil. Los dos grandes paradigmas que maneja, el liberalismo y el positivismo provenientes de Barros Arana y Valentin Letelier, estaban desgastados hacia la época que formula su propuesta. De hecho, el mundo intelectual chileno, entero, estaba parcialmente desfasado".

está ahí, sigue ahí, para recordarnoslo.

Hay también en Encina ironía de ironías, algo sorprendente, rarísimo en historiadores; una suerte de escepticismo intelectual. La prueba está cuando habla de que la historia es independiente del historiador. Idea que manifiesta una modestia que no condice con la vanidad que se le atribuye. Que Encina fue pedante y narcisista es sa-

bido. Pero he ahí Encina, quien nos plantea que "el concepto moral del autor es un concepto que no conocieron los actores y que, a la vuelta de los años, tampoco será el del lector". El pasado se mira a través del prisma del tiempo, y el tiempo deforma la mirada. Una cosa es la historia que se hace y otra la que mañana se lee. "No hay medio de impedir el envejecimiento de la historia". Es decir, la historia se

está reescribiendo permanentemente. Lo que escribe el historiador —Encina incluido— nunca será definitivo.

De ahí que hay que tener sumo cuidado al enjuiciarlo. Su revisionismo no fue frívolo; tenía asidero teórico. Según Encina, no existe la historia definitiva. La historia es "un semillero de interpretaciones erradas", ergo, hay que volver a ella una y otra vez. ¿Sorpriente? No. Encina era lo suficientemente honesto consigo mismo como para no extender sin límites su vanidad. Son otros los que han modificado a Encina: sus admiradores incondicionales y los que aborreciéndolo lo recíclan.

En un plano más profundo, el explicar el desafío del historiador como un intento de revivir el pasado a partir de, como dice por ahí, "despojos inertes, trunco o estropeados", es un fino reconocimiento de que el historiador está más de las veces ante algo muerto, no recuperable en su totalidad, pero sí en su espíritu, siempre y cuando se trate de un excepcional historiador. Que lo trascendental en la historia es lo que los pueblos creen aunque sea falso —aseveración que hace también— es otra muestra más de que el historiador tiene que respetar la historia, no pretender tergiversarla a su antojo. De ahí otra de sus máximas: que la historia no hay que usarla en aras de un partido o de una doctrina. Encina es sensato, lúcido también.

En realidad, hay muchos aciertos que sorprenden en Encina. Lo que asombra no es sólo Encina, cuando y si se le lee, sino lo que su lectura efectiva desmiente. Por último, se ha dicho que no era historiador sino ensayista. Sí, y de los óptimos, de los que han hecho que la historia sea un ejercicio que vale la pena, porque influye, estimula, apasiona y no aburre.

A Encina lo que le sobra es coraje, y eso asusta. Proponer una historia interpretativa, de tesis e ideas, y aspirar a que la obra histórica logre ser una pieza estética, y además suscite impacto, precisa valentía y ambición. Encina simplemente se salió del cauce que se suponía para un historiador. Escribió a pesar del establishment académico. Fue siempre displicente; rechazó ofrecimiento de cargos y honores. No tuvo mentores, no se escudó en la minucia erudita, no dejó escuela, no jugó la carta del cortesano palaciego. Fue siempre un observador desde dentro y a la distancia, al margen tanto del mundo político partidista como de los corrillos académicos, particularmente el vinculado al oficio histórico.

Así y todo, se le leyó; fue generoso con el lector, y ellos con él. Y se le seguirá leyendo, por el enorme torrente de información que consigna. Que proviene de otros, sí, pero está ahí en su obra e igual sirve. Encina en esto se parece a esos acueductos romanos, un poco toscos, no muy clásicos, pero resistentes, difíciles de derribar, caudalosos y monumentales.

Es todavía prematuro intentar hacer historia de Chile al margen absoluto de su aporte; ha producido demasiado efecto ya. Corresponde criticarlo, por cierto, pero no despreciarlo. Conforme, no es un Atlas, pero tampoco un Cíclope. Insistiría en que sí es un gigante, un gigante no simpático, pero gigante. **[AV]**

Extracto del prólogo de la reciente reedición de la *Literatura Histórica Chilena y el Concepto Actual de la Historia* de Francisco Antonio Encina (Editorial Universitaria, 1997). La primera edición es de 1935. Alfredo Jocelyn-Holt Letelier, historiador, Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile.